

soberbio trineo tirado por un arrogante caballo. Dmitri, me ha dicho su cochero.

—¡Oh! nombre encantador, dijo la hija del general dando una palmada con sus hermosas manos.

—¡Hola! dijo la nodriza, ese es el jóven rubio, arrogante y agraciado, que hemos visto en el plomo... y que vais á ver, hija mia, en el espejo de Navidad; vamos, es la bora fija, todo está listo, María Pawlowna.

—Animo, y vuestro prometido se os aparecerá tal como yo acabo de decirlos.

—¡Oh! ahora tengo miedo, dijo la jóven arrimándose á su nodriza.

—¿Miedo de ver la figura de vuestro prometido en un espejo? Vamos, habeis perdido el juicio; puede temerse ver estas cosas? Yo tenia un año menos que vos cuando ví á mi pobre Wasili-Ocipouvitch (Basilio, hijo de José), y os aseguro que no tuve el menor temor.

Estas palabras calmaron un poco á la hija del general.

—Vamos, nodriza, dijo ésta, yo procuraré no tener miedo, vedme pronta.

—Apartáos vosotras, añadió la nodriza dirigiéndose á las criadas, se os llamará cuando se os necesite.

El aposento de María estaba colgado de blanco y amueblado con rica y elegante sencillez.

En esta salita virginal habia puesta una pequeña mesa cuadrada cubierta con un mantel riquísimo con dos cubiertos, como si hubiesen de venir don convidados á sentarse á ella. Dos antorchas de blanquísima cera iluminaban á esta misteriosa mesa, y entre los dos estaba colocado un espejito de tocador con marco de plata; en este era donde debia aparecerse la imagen evocada del prometido de la jovencita.

Luego que ésta se encontró sola en el silencioso aposento, cuya puerta habia cerrado la nodriza al retirarse, y luego que vió aquella mesa, aquellos dos cubiertos, las dos bujías y aquel misterioso espejo, se apoderó de su ánimo un terror irresistible y quiso huir; pero flaquearon sus rodillas, le faltaron las fuerzas y cayó casi sin sentido sobre una silla.

Reanimada algun tanto, paseo su azorada vista en torno suyo, volviola despues hácia la mesa fijándola en el temido espejo; pero solo vió su hechicero rostro reflejado en el cristal, y sin embargo se estremeció todavia. En este momento se dejó oír el ruido de un carruaje que entraba en el patio de la casa, y este movimiento reanimó el valor de la jóven, que se sonrió mofándose de su temor.

De repente se pone en pie como impulsada por un movimiento eléctrico, sus pupilas se dilatan de un modo espantoso, y un temblor doloroso agita todos sus miembros: en el fondo del espejo fatídico, acababa de presentarse á su vista una figura humana que no era la suya. Por de pronto no pudo formar una exacta idea de lo que veia, mas luego, la aparicion se delineó completamente: no habia la menor duda; lo que se reflejaba en el fondo del espejo era el semblante de un militar...; no vió nada mas, porque dando un grito de horror cayó desmayada sobre la alfombra...

El general B. se precipita hácia su hija, la levanta, y le hace respirar sales. He querido sorprenderte anunciándote una noticia que te agrada, he entrado callandito y de puntitas.... ¿comprendes ahora?

—¿Y qué noticia es esa? preguntó la curiosa.

—S. M. te ha nombrado dama de honor de la emperatriz.

La jóven dió saltos de alegría.

Dejemos ahora las fiestas de Navidad, y hénos ya en la de la Epifanía, que es puramente religiosa, y célebre en Rusia por la pública y solemne bendicion de las aguas. Sobre los hielos del Neva, frente al palacio imperial, se ha construido una elegante capilla, abierta á los cuatro vientos: á las diez de la mañana llega procesionalmente el alto clero, el emperador rodeado de sus grandes dignatarios, la emperatriz con sus damas de honor, toda la córte con el cuerpo diplomático asisten á esta ceremonia que no dura menos de dos horas, y con arreglo á la mas rigurosa etiqueta, todos están sin sus pellizas: apresurémonos á añadir que este despojo no se verifica sin haber tomado antes las mas prudentes precauciones, para precaverse de las fluxiones de pecho que pueden sobrevenir. Aqui puede advertirse que la rigidez del clima ruso se une perfectamente en San Petersburgo, con los hábitos de la vida y costumbres de sus habitantes: esto se inferirá mas todavia de los cuadros que nos resta por bosquejar.

Hemos visto poco antes un veloz trineo pasar á media noche la vispera de Navidad, por delante de la casa del general B, y la camarera de su hija María parada en medio de la calle, preguntar al cochero el nombre de su amo: luego un instante despues á la hermosa María Pawlowna ruborizarse súbitamente al oír el nombre de Dmitri. Es que este nombre le recordaba á cierto jóven caballero guardia que en los bailes nunca dejaba de escogerla por pareja suya en la mazurka.

Ahora bien, en Rusia esta especie de elecciones cuando se repiten son siempre muy significativas, y esto es lo que no ignoraba la jovencita: sabia además que su padre tenia en mucha estima á este bizarro oficial, al que ella como hija bien educada no podia menos de dedicarle un pensamiento, al menos de amistad. Desde la vispera de Navidad este pensamiento se ha hecho mas intenso en el pecho de María Pawlowna, pero con cuánta turbacion y desasosiego hubiese ido acompañado, si la niña hubiese sabido que el nombre anunciado por la camarera no era otro que su acostumbrada pareja de mazurka, el jóven y brillante conde Dmitri Rastaiff, teniente de los caballeros guardias del lujosísimo regimiento de la emperatriz.

Nosotros vamos ahora á introducirnos sin mas ceremonia en el gabinete del conde Dmitri. Ocupado enteramente su corazon y pensamiento con la imagen de la bella María B; se alinda como de costumbre en la mañana de una revista de invierno: media hora le basta para estar corriente. Vedlo ya vestido con su estrecho pantalon de ante blanco como el armiño, resaltando mas y mas sobre el negro de sus charoladas botas que suben hasta un tercio del muslo: con su blanca casaquilla de paño finísimo, cuyos faldones tocan apenas sus caderas, y se ocultan bajo una ancha coraza de oro bruñido, cubierta su cabeza con un casco del mismo metal, coronado con una águila de dos cabezas estendidas las alas. Esta apostura guerrera da cierto carácter caballeresco de fantástica y juvenil bazarria de un efecto sorprendente. Fuma de prisa una larga pipa turca, bebe una taza de café, y despues su ayuda de cámara le presenta el sable, en seguida los guantes, mientras que un dentchik tiene prevenida la capa forrada de castor para ponérsela sobre los hombros.

Un trineo espera á la puerta del palacio al caba-

Pero guardia: el caballo piafa de impaciencia, y el cochero con los brazos estendidos adelante le hace que sienta las riendas.

Apenas el jóven se ha acomodado en el asiento de su reducido vehiculo, cuyo alero de piel de oso está echado atrás, cuando el caballo parte con la velocidad del rayo: el palafrenero se habia adelantado llevando del diestro el caballo de montar: la noche habia sido borrascosa: el viento Norte levantando y arremolinando la nieve la habia amontonado caprichosamente y daba un aspecto extraño y desolador á la inmensa plaza del Almirantazgo. Un gran fuego ardía en el fagon circular que está delante de la fachada occidental del palacio de invierno. Muchos cocheros estaban reunidos mientras que sus trineos colocados en línea estaban parados á algunos pasos mas atrás, habiendo tenido antes cuidado de cubrir con una ancha manta de lana los caballos que desmenuzaban la nieve con sus cascos. Entre esta parte del palacio y el baluarte del Almirantazgo se ha arreglado un espacio cuadrilongo, y una cuerda sostenida con barritas de hierro clavadas en tierra, mide la estension de los costados. Esta esplanada, que en otra parte que no sea San Petersburgo, podria considerarse como muy grande, es el sitio destinado para las revistas, por decirlo así, particulares, que se complacen en pasar el emperador durante el invierno, ó bien presenciadas desde el balcón que domina la plaza.

En aquel día se hallaba reunido en medio de la esplanada el estado mayor imperial, y el bizarro regimiento de los caballeros guardias ocupaba los flancos, y las músicas estaban colocadas en parage donde no pudiesen estorbar los movimientos y maniobras de la tropa.

Los generales aguardaban la venida del emperador ó del gran duque Miguel, porque aun no se sabia cuál de los dos vendria á pasar la revista y presenciar las evoluciones. Estos toscos y endurecidos guerreros con bigotes medio encanecidos, y envueltos en sus capotones forrados de pieles, estaban conversando con la mayor flemma bajo la accion de un frio de 22 grados bajo cero, con la misma indiferencia que si sus pies descansasen sobre las mullidas alfombras de sus templados salones.

Por su parte, el jóven teniente estaba en conversacion con algunos oficiales, aguardando el momento de montar á caballo: solo los soldados montados en los suyos y formados en línea permanecian inmóviles como estatuas. En este momento un ayuda de campo vino á prevenir al gefe de estado mayor que el emperador no asistiría á la parada, pero que lo substituiría el gran duque.

Todavía no habia pasado un cuarto de hora, cuando otro ayudante vino galopando para anunciar la llegada del príncipe: inmediatamente se dió la órden de montar á caballo, y en un minuto generales y oficiales ocupaban sus puestos respectivos.

Luego que el gran duque Miguel desembocó en la plaza del castillo, salió á su encuentro el estado mayor corriendo á galope, y la música del regimiento tocó una marcha estrepitosa y guerrera, del maestro de capilla Antonio Doenfeldt, uno de los mas hábiles compositores militares de Rusia.

Principiaron las evoluciones, que fueron brillantes como siempre: aquellos arrogantes caballos, que el que menos ha costado 12,000 reales, negros como el ébano, humeantes, abiertas las narices, y la espu-

ma helada en canelones pendiente del bocado de freno, obedecian á la mano de sus ginetes con una regularidad, una precision y uniformidad de movimientos que los viejos generales del estado mayor imperial quedaban maravillados. De repente, en el momento en que un escuadron se destacaba de la línea de batalla para ir á gran galope á colocarse en otro punto, un caballo, á quien no pudo llegar á contener toda la destreza de su dueño, salió de las filas, y en su desbocada carrera estuvo en poco que no se arrojase sobre el gran duque, que gracias á una precipitada media vuelta evitó el choque.

Sin embargo, el caballero logró dominar al bruto dando saltos y cubierto de espuma. Era este un soberbio caballo padre sacado hacia poco de las yeguerías del conde Orloff, y sin disputa el mas hermoso de todo el regimiento. El ojo penetrante del hermano del emperador conoció desde luego al malhadado caballero; era el conde Dmitri: se despachó inmediatamente á un ayudante de campo: el jóven teniente salió de las filas y se presentó al gran duque.

—Conde Dmitri, le dijo con tono severo su alteza imperial, ¿en qué estábais pensando para dejaros avasallar de tal modo por vuestro caballo, vos que sois uno de los mejores ginetes de la guardia?... esta torpeza merece veinte y cuatro horas de arresto.

—Monseñor, contestó el jóven ruborizado, juro á V. A. I. que el frio solo es la causa de esta desgracia; mi caballo es de una exquisita sensibilidad, y me ha cogido desprevenido.

—Este es un agravio que le haceis, y sin duda tenéis otra disculpa que dar. ¿Me habeis oido? Veinte y cuatro horas de arresto en vuestro palacio, marchad.

No habia réplica; Dmitri conocia bien la ordenanza: volvió, pues, á su puesto silenciosamente, mas no sin un despecho violento.

Era, en efecto, uno de los mejores ginetes de la guardia; pero el recuerdo de Maria Pawlowna habia absorbido de tal modo sus sentidos, que por un momento habia abandonado las riendas de su caballo, que demasiado sensible, como habia dicho al gran duque, y espoleado por un golpe de nieve violento, lo habia arrebatado repentinamente.

Viendo el rigor de la temperatura el gran duque, mandó abreviar las maniobras: los generales estaban colocados á su alrededor, y el regimiento, con su gefe á la cabeza (1), desfiló por delante del hermano del soberano. A medida que se presentaba cada peloton;—Gracias, hermanos míos, les gritaba el gran duque.—Dichosos nosotros de poder contestar á V. A. I. respondian en coro los soldados con una rápida melopea (declamacion en música de los antiguos), cuya entonacion nos seria imposible describir.

Despues del desfile, los oficiales abandonaron los caballos á sus dentchiks y montaron en sus trineos. Lo mismo hicieron todos los miembros del estado mayor: únicamente el gran duque marchó en coche.

En cuanto al conde Dmitri, al día siguiente de su arresto se presentó á éste último, á quien declaró la verdadera causa de su desgracia de la víspera, y le pidió permiso para casarse con Maria Pawlowna.

—Mas á mí me parece, le dijo riéndose S. A. I., que en este negocio mi permiso debe ser el último.

—Por eso mismo, monseñor, es por lo que tengo el honor de demandároslo.

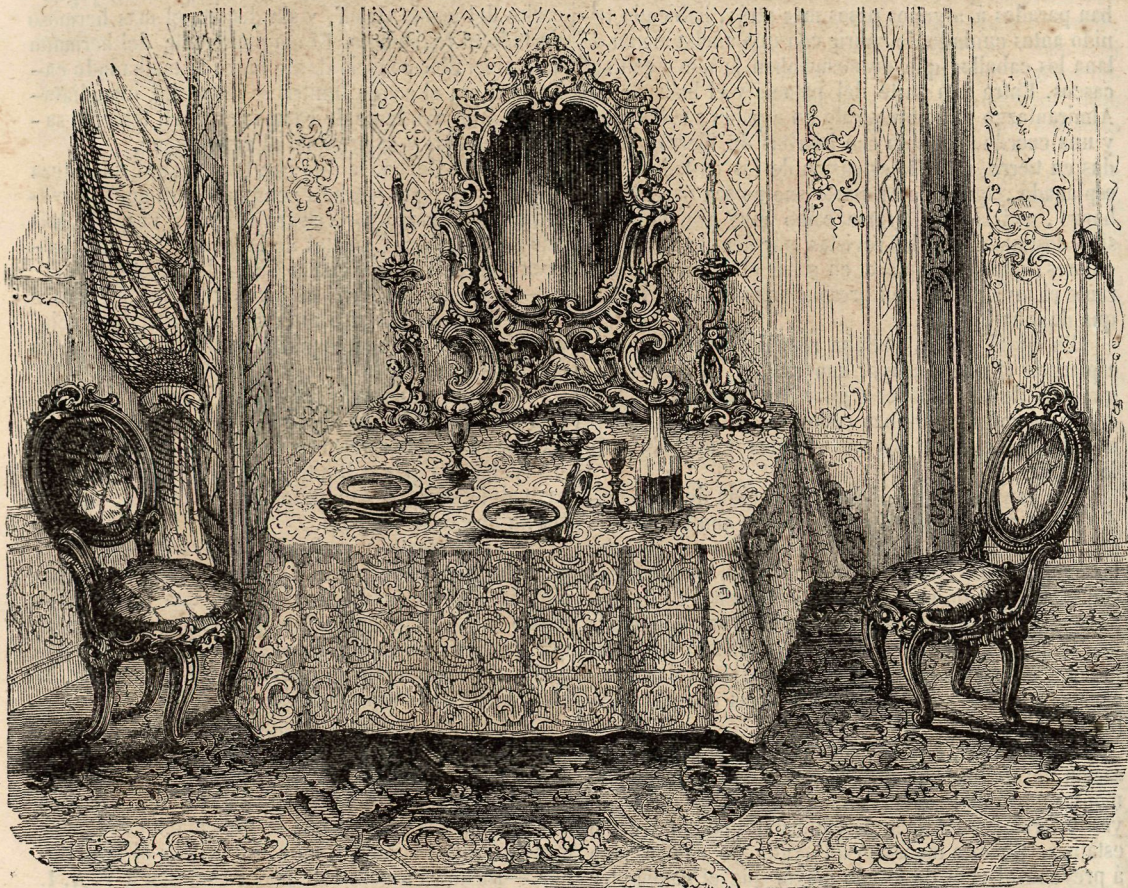
(1) Un general de division manda siempre al regimiento de la guardia.

Vednos actualmente próximos al carnaval, á la estrepitosa semana, porque en Rusia dura nada menos el período de esta diversion popular ocho dias, ni menos ni mas, los ocho dias que preceden á la cuaresma.

Dejaremos á un lado las reuniones mundanas, los bailes de máscara, los dias de chacota, como se dice en San Petersburgo, todas las fiestas, que excepto algunos pormenores recuerdan en su conjunto las de Madrid, Italia ó de Viena. Preferiremos detenernos en la semana del carnaval popular para presenciari los regocijos mas especialmente de los moscovitas; son mas moderados, como vamos á ver, mas no por eso dejan de ser menos vivos y apasionados.

Desde luego detengámonos en la plaza del Almi-

truccion los mas variados estilos de arquitectura; esta ostenta las ogivas y ornatos de la edad media; aquella ha tomado el corte de los monumentos bizantinos; la de mas allá está entreverada con todos los caprichos y fantasias chinescas; alguna hay que ha pedido sus modelos á la arquitectura del renacimiento, y tambien las hay mas sencillas que se contentan con imitar las granjas y cortijos de La Brie ó la Champaña. Todas estas barracas, cualquiera que sea su forma y carácter, tienen su balcon para la farsa burlesca del payaso ó arlequin; porque esta estraña ciudad improvisada y construida en el corto tiempo de algunos dias, en medio de una plaza pública, reúne muy pronto dentro de su recinto á todos los saltimbanquis, ju-



E. espejo de la novia; costumbre rusa.

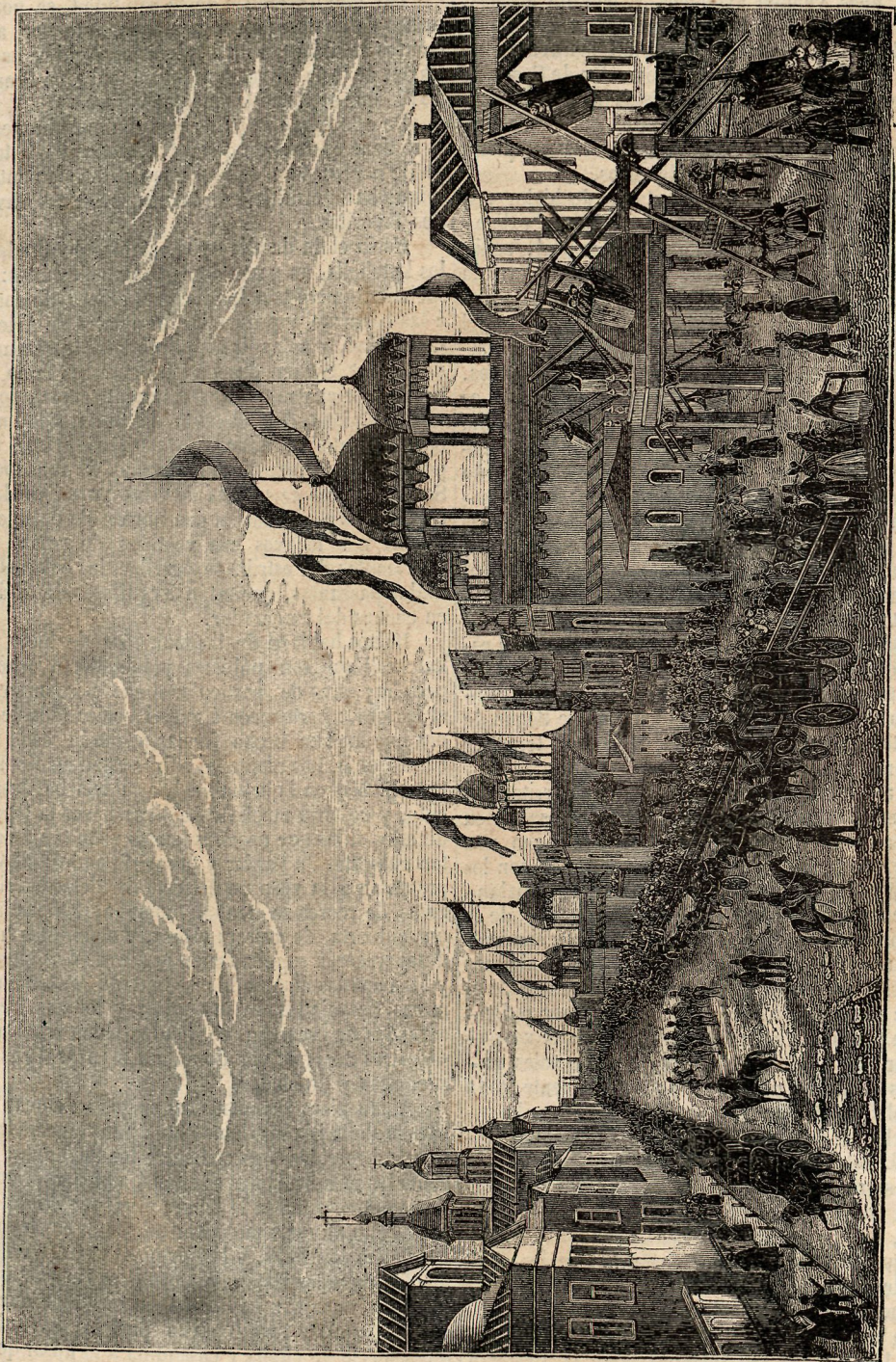
rantazgo: se han apoderado de ella los arquitectos: se toman medidas, se delinean planos, se trazan los contornos de una ciudad en pequeño. Muy pronto se amontonan los materiales: llegan los carpinteros que sin demora emprenden la obra; estos hombres armados con una sola hacha... este maravilloso instrumento que puesto en manos del artesano ruso labran la madera de cien maneras, la escuadran, la asierran, la agujerean, la pulimentan y la someten á todas las exigencias de la carpintería. Sin tardanza se eleva el armazon de la casa, en seguida se pone el tejado; siguen despues las paredes, que es lo mas fácil, porque solo se trata de clavar las tablas. Estas casas, como se vé, son unas barracas; pero presentan en su cons-

gadores de manos, los que enseñan fieras... ¡qué sé yo! todos los clowns y charlatanes del imperio que acuden alli para ejercer su industria, escitando la curiosidad del pueblo que se aumenta con el continuo ruido del tamboril y los que tragan estopas encendidas.

Delante de estas barracas se elevan las montañas de hielo: consisten estas en dos como torres colocadas una enfrente de la otra á la distancia de 200 á 300 toesas, terminadas por un terrado cubierto, de donde parte un plano inclinado un poco elevado hácia el medio, el cual encontrando el piso formado por un ángulo de 45 grados, continúa marchando horizontalmente hasta el término del espacio que separa las dos

torres. Asi, son dos sendas que se cruzan faldeándose paralelamente para ir en sentido contrario al pie de la montaña opuesta. Estas sendas ó caminos están formados con losas de hielo cortadas en el mismo Nawa, perfectamente unidas entre sí, en extremo llanas.

nes, navecillas... nada falta absolutamente á la coleccion: el columpio es la diversion y placer nacional, los rusos lo aman hasta el frenesi: estar bien sentado en un carrito suspendido, y durante las evoluciones aereas cascar avellanas, cantando al mismo tiempo las



Katchelis; festejos públicos del Carnaval.

En el espacio que media entre estas montañas y las barracas se han elevado los columpios de todas clases, mecedores, carros que dan vueltas como los molinos de viento, corridas de sortija, trineos, vago-

tonadas de su aldea, es para ellos uno de los mas supremos placeres y los mas soñados... se entiende después del de las montañas de hielo.

Ha terminado la semana de los preparativos: He-

ga el domingo, que es el primer día de carnaval, á medio día están abiertos los *katchelis* (1): mil banderolas, flámulas y gallardetes ondean por el aire ostentando sus caprichosos colores: las orquestas de las barracas comienzan sus sinfonías, que algunas son muy buenas: los vendedores de golosinas están en sus puestos: unos venden avellanas y pan de especia: otros hacen *bliniers*, especie de soplillos recios y pesados á los que se acomodan á las mil maravillas los estómagos rusos: éste, como el proveedor de Gostinoi-dvor ofrece á los aficionados platos muy variados. Despues vienen los que preparan el té, sin el que nunca habria fiesta pública en Rusia que fuese completa, como en París sin vendedores de cocos.

Se han inaugurado las montañas de hielo: ved aquí los moujiks cubiertos por encima de sus calientes vestidos, con el ancho caftan ó túnica azul, ceñida con un cinturón encarnado, y su cabeza adornada con el casquete de paño, ó birrete puntiagudo, que se adelantan llevando un pequeño trineo debajo del brazo, y suben la ancha escalera practicada á espalda de la montaña. La construccion de estos trineos, que pueden tener de 50 á 60 céntimos de largo, es en extremo sencilla: consiste en una pequeña tablita asegurada sobre dos patines de acero. Este ligero vehículo se coloca sobre el borde del terrazo: su dueño toma asiento despues de haber levantado cuidadosamente su ancho ropage: estiendo hácia adelante las piernas, inclina un poco el cuerpo que se vuelve bruscamente hácia atrás en el momento en que empuja el trineo por la cuesta de hielo. La sensacion que se experimenta en este momento es inesplicable, falta súbitamente la respiracion y se siente cierta opresion extraña y deliciosa. Sin embargo, el trineo sigue lanzado como una flecha, llega al plano horizontal, cruza con la velocidad del rayo los trineos que llegan de la opuesta montaña, al pie de la cual va á terminar muy pronto su quimérica carrera.

No vaya á creerse por eso que estos carritos escandinavos solo necesitan ser empujados para seguir su camino: al contrario, se necesita dirigirlos con una destreza y habilidad excesiva. El conductor con los brazos colgados hácia atrás, ya sea por solo el balanceo del cuerpo ó bien por el imperceptible roce de la mano sobre el hielo, debe sostenerse siempre siguiendo línea recta: el aprendizaje es penoso y algunas veces arriesgado, porque separándose bruscamente el trineo de su inesperto conductor, le deja caer redondo por la pendiente helada, al pie de la que no podrá llegar sino despues de haberse dado crueles encuentros contra los pretiles, y por consiguiente, todo acardenalado y contuso, y aun dichoso él si no ha sufrido el choque de algun otro trineo precipitado detrás de él. Estos encuentros pueden ocasionar que el paciente se rompa la cabeza, se quiebre una costilla, se rompa una pierna, ó quedar muerto en el acto. No obstante, se dice que estos descensos son poco espuestos; así que en justicia puede afirmarse que las desgracias de esta especie son rarisimas.

Frecuentemente se ven dos personas que bajan juntas en un mismo trineo: esto puede parecer prodigioso atendida la estrechez del vehículo, mas la destreza moscovita suple á todo. El conductor se coloca sobre

el último estremo de la tablilla, teniendo cuidado de ensanchar las piernas para dejar á su compañero todo el espacio posible: éste, encogiéndose cuanto puede, se sienta delante de él con los pies estendidos adelante. El trineo parte velozmente, y los viajeros llegan en un abrir y cerrar de ojos al pie de la otra montaña.

Los que desconfían de su habilidad, se ponen en manos de hombres experimentados, que por algunos cuartos se encargan de conducirlos. Aquí se conoce el origen de esta diversion introducida en Francia en 1814. que se llama las montañas rusas.

De este modo se pasa aquel día muy brevemente, si se tiene en cuenta que á las cuatro de la tarde es ya de noche; pero se prosiguen al día siguiente, y lo mismo hasta el último de la semana, estas diversiones favoritas.

Hácia el fin de ella se ha establecido alrededor de los *katchelis*, un paseo de carruages elegantes: la alta sociedad quiere también darse el placer de concurrir á las barracas, y presenciar los amores de Arlequin y Colombina, y aplaudir las prodigiosas trasformaciones de Pierrot. Siguen despues las carrozas de la corte, tiradas por cuatro caballos ricamente enjaezados y llenas de niñas del instituto de Santa Catalina, establecimiento de educacion para *señoritas nobles*, puesto bajo la inmediata proteccion de la emperatriz. Se cuenta mas de sesenta de estos carruages de gala, conducidos por cocheros con libreas de palacio y seguidos por lacayos con vestidos de grana. En las puertecillas del estribo se perciben las cabezas de las lindas paseantas, que están orgullosas de ir á paseo en coches del emperador.

Hemos hablado de las montañas de hielo de los *katchelis* que son públicas y solo duran ocho días; pero hay otras de particulares que permanecen todo el invierno: pertenecen á varias sociedades de jóvenes que las han hecho formar pagando cada uno su contingente. Las montañas suizas están en Kammenoi-Ostrov. Mas en la actualidad, esta isla ha desaparecido, y costaria mucho trabajo reconocer la topografía de estos sitios que nosotros hemos visto tan animados, tan cubiertos de verdor y tan perfumados: ahora solo presentan á la vista un desierto de hielo: las risueñas casas de recreo se ocultan como avergonzadas bajo una cubierta de grosera estera, y aun estas mismas desaparecerán sepultadas en la nieve. Los altos pinos y los copudos álamos blancos mecen tristemente las ramas despojadas de sus hojas, y lo mas frecuente cargadas de escarcha, en donde vienen á posarse los siniestros cuervos: por do quiera el aspecto es triste, silencioso y desolador.

Ahora bien, las montañas suizas se elevan en el parage de la isla mas inmediato á San Petersburgo: son muy concurridas, especialmente los domingos: las sociedades mas brillantes se citan á aquel sitio, en donde se entregan hasta la locura al placer de deslizarse por la cuesta: estas montañas no ceden en elevacion á las de los *katchelis*, y los jóvenes van á ejercitarse, pueden apostárselas en destreza con los mas espertos y hábiles moujiks: han adoptado un traje que ademas les permite mas ligereza para los movimientos: una especie de chupa y casaquilla á lo húsar que deja pasar con mucha gracia como si fuese un ribete el sedoso astracan de que está forrada, botines rusos con pieles, un gorro á la escocesa, y anchos guantes á lo Crispin, de cuero encarnado: este es en complemento el traje, á la vez gracioso y suelto.

(1) Esta palabra significa columpio, y sirve para designar el conjunto de las diversiones públicas que nosotros procuramos describir.

Inútil es decir que sus trineos están muy lejos de la sencillez de los primeros: están montados sobre acero inglés de extraordinaria finura, á la tablilla la ha sustituido una almohada henchida perfectamente de erin y cubierta de una preciosa tapicería, lo mas frecuente bordada por manos queridas: estos trineos, montados sobre patines mas finos y delgados, son mas altos, mas estrechos y de una hechura, sin comparación, mucho mas elegante.

Las damas, aun las mas tímidas, se entregan sin cuidado, confiadas en la destreza de estos despejados caballeros, que las mas veces se disputan el favor de acompañarlas en el descenso.

No obstante, si la córte va á las montañas y la emperatriz tiene la humorada de bajar por la cuesta, un tosco y grosero moujik es el que tiene el alto honor de dirigir el vehículo.

Pero nada hay mas pintoresco y admirable que las funciones que se verifican por la noche en estas montañas, y este placer lo proporciona mas de una vez la sociedad de San Peterburgo durante el invierno: mas en estas la destreza de los protagonistas debe ser á toda prueba; porque el resplandor de las antorchas, reflejándose sobre la tersa superficie del hielo que forma el plano inclinado, deslumbra la vista con el centelleo de millares de luces, y hace vacilar la grande sombra que proyectan los pinos plantados todo alrededor. Y sin embargo, los jóvenes se entregan á los ejercicios los mas escéuticos, los mas arriesgados, y aun nos aventuramos á decir los mas estrambóticos. Se diría que escitados por el mismo peligro lo insultan y lo desafián: se ve algunos que se tienden á la larga sobre la estrecha tablilla de su trineo, vuelta la carahacia el cielo, y los pies adelante; otros, y esto es todavía mas espantoso, echados igualmente de espaldas se abandonan á la pendiente del precipicio, los pies atrás y la cabeza hacia el declive; éstos de rodillas, aquellos en pie dirigen la rápida marcha del trineo, con un simple movimiento de su cuerpo; otros, en fin, desdenando toda especie de vehículo, armados sus pies con patines desfilachados se dejan deslizar temerariamente sobre la escurridiza senda que salvan trazando caprichosos festones sobre el bruñido hielo.

¿Qué mas añadiremos? frecuentemente estas alegres y atrevidas partidas de placer contribuyen á dar feliz cima á algun lance amoroso, que sin su punzante atractivo tal vez se hubiese ido extinguiendo entre las insulseces y desabrimientos de la vida comun. Lo que hay de cierto es, que siempre es raro que concluya la temporada de las montañas sin que la sociedad de San Peterburgo deje de contar con algunas dichas parejas mas.

Acaso hayan parecido prolijos los detalles que hemos dado respecto á las costumbres rusas; pero debe dispensárenos en gracia de lo curiosos que son. Pásemos á hablar de otra ciudad de Rusia no menos célebre que la anterior.

Despues de haber visitado á San Peterburgo, Moscow ó Moscou parece que reclama nuestra atención. Esta ciudad fué en otro tiempo la gloria y la capital del imperio, aunque todavía la grandeza y los restos de magnificencia que encierra la hacen una de las primeras ciudades de Europa. Hay un camino ancho y bellissimo que conduce á ella desde San Peterburgo, y que está cortado casi en línea recta á través de los árboles. Los viajeros dicen, no obstante, que este camino es muy aburrido. A alguna distancia de

San Peterburgo se entra en bosques inmensos, de los cuales no se sale casi nunca sino para entrar en los pueblecillos, alrededor de los cuales hay ordinariamente algun terreno cultivado. Por ambos lados del camino se han cortado los árboles á la distancia aproximada de 40 á 50 pasos. Este camino tiene constantemente la misma anchura, y hé aqui como se hacen los de su género; se acuesta el camino á través de los troncos de árboles paralelamente colocados, y unidos por la mitad, y á cada estremidad por clavos grandes; estos troncos se hallan cubiertos de ramas de árboles, sobre las cuales se echa ademas una capa de arena ó de tierra. Estos caminos son excelentes, mientras se conservan nuevos; pero cuando el tiempo los ha gastado, hundiéndose los troncos en la tierra y llevándose las lluvias las capas de arena que los cubria, en este caso, y es bastante frecuente en el espacio de muchas millas, el camino se halla en derrota por todas partes, y el viajar por él ofrece increíbles molestias.

Los trineos de viage, que se llaman *kibitkis*, son carros pequeños donde apenas pueden sentarse dos personas de frente, á parte del cochero que se sienta en una de las estremidades, muy junto de los caballos. El *kibitki* tendrá 163 centímetros de longitud; la parte de atrás está cubierta con un dosel hecho con ramas entrelazadas, sobre las cuales se estienden cortezas de abedul y de haya. En toda esta máquina no se encuentra un solo pedacito de hierro, tampoco tiene resorte alguno, y solo está unida por medio de lazos, cuerdas y palos. Para hacer mas tolerable la aspereza de este carruage, se ha tenido la prevision de colocar dentro lechos de plumas, en los que puede acostarse el viajero. En invierno en lugar de este carruage se hace uso del trineo, el cual es mucho mas agradable que el otro, y se desliza rápidamente por la nieve apenas sin movimiento alguno. Estos trineos se hallan en parte cerrados y en parte abiertos, y tienen la forma de una cuna. El toldo que los cubre, que se proyecta á 66 centímetros por delante, se halla abierto en su estremidad y provisto de cortinas, que se pueden echar cuando hace mal tiempo. Por de fuera está cubierto de esteras y de pieles curtidas, y por dentro tiene un techo bien acondicionado. En el interior hay tambien un asiento donde puede uno ir acostado ó sentado cómodamente, segun le venga mejor. Cuando no se hallaban establecidas las postas en Rusia, las gentes del campo estaban en la obligacion de proporcionar caballos á los viajeros; pero el precio que en remuneracion habia que darles era tan corto, que aquellos desempeñaban su oficio de la manera peor posible. Esto, sin embargo, no les impedia llevar buen humor en la mayor parte del camino, é ir cantando casi siempre. He observado con sorpresa, dice Coxe, la pasion que los rusos tienen por el canto. Apenas nuestros cocheros ó postillones se encontraban colocados en su asiento, soltaban la tarabilla á tararear un aire cualquiera, y continuaban así por espacio de muchas horas sin parar un solo instante. Pero lo que mas escitó mi admiracion fué que cantaban por partes, ejecutando á veces un diálogo en música, y haciéndose preguntas y respuestas, como, si por decirlo así, tuviesen la costumbre de entablar sus conversaciones en música. Los postillones cantan sin tregua de una estacion á otra; los soldados cantan durante el tiempo que dura la marcha; los campesinos cantan en las horas de trabajo; en las tabernas resue-